

# Biblioteca-Films

La nueva misión de Judex

Núm. 75

25  
cénts.



RENÉ CRESPI  
NAVARRIE  
YVETTE  
ANDREYOR



FEUILLADE, Louis

Año II

Núm. 75

## BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:

Colabria, 98



Teléfono 173 - H

BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISTADO POR LA CENSURA PREVIA

### La Nouvelle Mission de Judex, 1917 **La Nueva Misión de Judex**

Sugestiva, emocionante y misteriosa novela publicada con autorización de la Sociedad General de Publicaciones - Diputación, 211 - Barcelona - que la ha editado con toda extensión y profusamente ilustrada.

Argumento de Arturo Bernade y Louis Feuillade

Exclusivas: **L. GAUMONT**

Paseo de Gracia, 95 - Barcelona

Var "Cinema d'aujourd'hui" N° 22

- ¿Qué biena, Blanca?
- Tengo miedo, Jaime.
- Miedo, esposa mía, ¿de qué?
- Me gusta ser demasiado feliz.

- ¿No hemos pagado ya por anticipado esta felicidad que nos ama?... Ahora tenemos perfecto derecho a ser felices. Hoy, que todo el mundo cree que el banquero Pavvaux reposa en el cementerio de Sabona y que el más absoluto silencio rodea su memoria, tú, su hija, tienes la consoladora certeza de que vive y de que esa vida que nuestro amor le ha dejado, la dedica enteramente al rescate de su pasado. Los malos días han pasado; Judex ha desapa-



recido: sólo queda a tu lado un humilde que te adora.

—Jaime, yo también te amo. Ya no pienso en lo que he sufrido; pero no puedo olvidar a Juana, al héroe defensor del derecho.

—Hoy, Blanca suada, ambos felices al lado de nuestro Juanito...

—Esta es otra de mis satisfacciones, el saber que amas a mi hijo como si fuera tuyo.

—Es que hoy lo es. ¿Cómo no voy a amarle si él me el que desvirtuó el odio de mi madre?

—Mírale, aquí viene.

Un lujoso automóvil acababa de pararse frente a la verja de la magnífica finca «La Promesa» de Fontainebleau. Apearonse Juanito y Rogelio, hermano de Jaime de Tremense, quienes entraron en la finca. El niño se adelantó corriendo al ver a Jaime y a Blanca.

—Buenos días, mamá. Buenas días, papá.

—Hola, Juanito.

Todos se dirigieron a la casa. Y momentos después, cuando los dos hermanos Jaime y Rogelio de Tremense quedaron solos exclamó éste:

—¿Qué feliz eres, Jaime!... ¡Y yo que padecí tanto!

—¿Por qué no te desahogas conmigo?

Perdóname que haya guardado para mí solo un secreto que me atenaza el corazón, un anhelo que nunca se ha de cumplir.

—Y si yo te trajera la certidumbre de que ese anhelo se realiza...

—¿Hermano!

—Ahora lo verás.

Jaime de Tremense cogió el auricular del teléfono y pidió comunicación con el castillo de Arbois.

—¿Castillo de Arbois?... ¿Primerose?... Habla mamá con Jaime de Tremense... Como se lo he prometido, Juanito y mi hermano Rogelio acaban de llegar... Perfectamente... Recuerda al señor James Milton... Hasta luego... Colgó el auricular y dijo a su hermano:—Primerose va a llegar, puedes declararle a ella, y solo, frente a frente, sellar la amorosa promesa en vuestros corazones... Sal a su encuentro y háblale, ella te responderá.

Pero no comprendo como tú sabes.

—Ni tú ni ella me habéis dicho nada; pero tus ojos y su mirada os delatan: tú la adoras y ella no puede vivir sin ti.

¿Quién era Primerose? Hacia pocos años que un rico norteamericano se había instalado en el castillo de Arbois, lindante con la finca «La Promesa». Llamábase James Milton. Pasaba el tiempo en hacer largas excursiones en automóvil o bien dedicándose a investigaciones científicas, que efectuaba en el mayor misterio en colaboración de su fiel secretario William Osborn, cuya discreción estaba a toda prueba. El señor Milton no se codeaba con nadie y era temido por todos los vecinos como un personaje misterioso.

Cierta día, con estupefacción general, llegó al castillo de Arbois una linda joven muy distinguida y encantadora. Al día siguiente se supo que la recién llegada se llamaba Primerose y era hija de James Milton y que, después de haber completado su educación en un colegio de París, venía a vivir con su padre.

Jaime de Tremense visitó a James Milton para hablarle de una parva mediana, y esta visita iba a transformar las relaciones de ambos vecinos.

Jaime de Tremense quedó encantado del castellano de Arbois, de quien oyó el relato de su vida. Heredero de inmensa fortuna, su nombre era conocido en los Estados Unidos como inventor. Casó con una mujer encantadora a quien amaba entrañablemente y de la que tuvo una hija. Ambas habían perecido en un accidente ferroviario.

Desesperado—prosiguió Milton—vine a Francia para ahuy de mi dolor. Un día me paseaba en la selva de Fontainebleau y al oír unos quejidos que salían de un matorral. Me acerqué y descubrí una niña de doce a quince meses que lotaba de hambre. Tuve compasión de ella y la adopté por hija; se llama Primerose.

—Es la señorita que vive con usted?

—Ella misma.

—Es bellísima.

Desde aquel día los propietarios de «La Promesa»



as y los castellanos de Arbois fueron excelentes amigos. Al siguiente, el señor Milton y Primerose devolvieron la visita a los condes de Tremense. Primerose conquistó el corazón de la condesa Blanca y de Juanito, quien la llamó, desde aquel día, su hermana mayor. Pero el efecto más trascendental de aquella visita fué que Primerose halló en Rogelio a su príncipe encantador, y éste, en la hermosa joven, la ilusión de su mente; y floració el amor en aquellos dos corazones juveniles. Pero los anhelos de aquellas dos almas no habían trascendido al exterior.

Avísala Primerose por teléfono, fué a «La Frondosa» para ver a Juanito—decían sus labios—, pero en realidad para hablar con el amado de su corazón.

Y, animado por su hermano, Rogelio declaró su amor a la hermosa castellana quien le contestó:

—Rogelio, yo también te amo y creo que sólo podré ser feliz a su lado; pero es mi deber hacerle notar que yo soy una mujer sin nombre, una hija de nadie; y usted lleva un nombre ilustre.

—Basta, no quiero que se denigre usted así. Cada uno es hijo de sus obras. En nuestros tiempos, la mejor herencia es la del conocimiento y el mejor nombre es el que uno mismo se sabe conquistar. Primerose, yo te amo y mi amor debe bastarte, y si no tienes nombre yo te daré el mío.

—Sí, Rogelio, será tuya para siempre, para siempre. Tu amor me librará de un gran mal que me persigue durante la noche.

Ríete de esos góticos ruidos.

Estaban en una reunión en «La Frondosa» donde se festejan los esposales de Primerose y de Rogelio.

—Señoras—declaraba el conde de Tremense—, nuestro amigo James Milton me autoriza para anunciarles a ustedes que con motivo de los esposales de Primerose con mi hermano Rogelio va a donar a Francia de uno de sus inventos destinados a armar una revolución en la navegación mundial.

—Señor Milton—preguntó un caballero esbelto, elegante, enteramente afeitado y de cabellos blancos como la nieve—, ¿se trata del propulsor automático?

—En efecto, después de muchos años de estudio he

llegado a realizar mi idea. Dentro de breves días dejaré la patente en manos del Ministro de Marina.

—¡Bonito regalo!—clamó el señor de Tremense.

El hombre de la estallera blanca volvió a decir:

—Señor Milton, acaba usted de decirnos que piensa entregar pronto su notable invento al Ministro de Marina. ¿No teme usted alguna indiscreción o algún robo?—En estos tiempos toda precaución es poca. Ya saben ustedes que existe una terrible banda de malhechores que con el nombre de La Caza de los Secretos registran actualmente todas las cajas de caudales y desconciertan los escritos de los parisienses. Ustedes conocen hechos fantásticos de esos bandidos que roban todos los temores del pensamiento humano.

—Querido Howey—repuso el inventor—, le agradezco infinitamente su amabilidad; pero debo manifestarle que los planos de mi propulsor automático están encerrados en un escondite que mi secretario Wilbur Osburn ha ideado con gran habilidad, y el señor de Tremense, que también conoce el secreto, podrá convencerle de que nadie en el mundo sabría hallar los planos.

—Más vale así—dijo el doctor.

La respuesta hizo oír las alegres notas de un vals y todos, o casi todos, pasaron al salón de baile.

El doctor Howey, hombre de edad indefinida, antiguo profesor de Estética de Nueva York, era actualmente profesor de Urbanidad de Primerose y de Educación Física de Juanito.

Todos los asistentes habían ido a la sala de baile, sólo él y don Casto habían quedado en el fumador. El doctor preguntó con gran interés al director de la Agencia Celeritas:

—Don Casto, ¿hace mucho tiempo que conoce usted a los Tremense?

Don Casto, en vez de responder, dirigió al doctor una mirada que parecía decirle: «¿Y a usted qué le importa?»

—La condesa no estaba de un banquero llamado Payaux?

—Creo que sí; pero le ruego que no me hable de esas cosas. Hoy no estoy bien. Hace días que no tengo noticias de mi hijo adoptivo a quien todos



conocen por Sardinilla, y además me encuentro mal.

—Usted parece una hipersensibilidad histeromálica.

—¿Y cómo se cura eso?

—Debe usted ejecutar las *danças* antiguas en traje ligero, andar descalzo por la hierba húmeda a la luz de la luna, o sea, la reptación.

—Hoy empearé... Claro que habrá quien crea que me he vuelto loco.

—Después repuso el doctor—usted necesita distracción.

Ahora voy a estar distraído, pues esta mañana cuando venía a «La Frondosa» he trabajado conocimiento con la baronesa de Aptemont... ¡Qué mujer! Es italiana; pero la Gioconda y la Tosca, al lado de ella son unas peponas. Me ha invitado a tomar el té en su casa... ¡Lo que me voy a distraer!

—Vámonos al salón, don Casto, que oiremos cantar a Primerose.

Algunas horas después reinaba un gran silencio en el castillo de Arbois y en «La Frondosa».

Primerose se había dormido sonriente, pensando en su novio. En tanto que sus párpados permanecían obstinadamente cerrados, el pecho se le levantaba lentamente con cierto esfuerzo y la respiración se volvía jadeante; largos ruidos acompañados de exclamaciones de terror: «El genio maldito!... ¡Le veo!... ¡Está ahí!... ¡Rogelio, Rogelio, a mí! De pronto levántase, con la mirada extraviada, salió del lecho, se puso una bata y con paso de sonámbulo salió del cuarto, empujada, guiada por una fuerza oculta que la dominaba, por una voluntad misteriosa que había substituido a la suya. Caminó alucinada a través de la casa silenciosa. Se detuvo ante una vasta biblioteca llena de libros de raras tapas; pero súbitamente se volvió y elevando un brazo en la dirección de la pared, buscó a tientas. Una voz interior le decía una orden absoluta, y pasiva y ciega mente ejecutaba un trabajo del que no podía librarse. Detuvo la mano junto a un cuadro, a la altura de la gola. Por lo visto hizo maniobrar algún mecanismo ingenioso, porque un tablero de madera resbaló sobre invisible ranura y dejó ver una excavación. Sin la menor vacilación apoderose Primerose de un sobre,

en el que se leía: *Planos del propulsor automático*. Volvió a maniobrar el mecanismo secreto y quedó en su lugar el tablero. Después, con el mismo andar de sonámbulo, volvió a su cuarto, abrió la ventana que daba al jardín, y dejó caer por la parte de fuera el sobre que acababa de coger. Entonces un hombre oculto tras unas plantas se apoderó de los preciosos documentos y desapareció en la obscuridad.

Primerose cerró la ventana y se acostó, volviendo a sus sueños color de rosa.

Aquella misma noche, después de despedir a sus invitados, penetró Sabine de Tremense en su despacho y halló un gran sobre con esta sola dirección: *A Julea. Lo abrió. Decía: En el momento en que tanta gente se había sumido en la desesperación y el odio; en el momento en que seres infames cometen crímenes sin cuento, la brava vengadora reposa. Acude a la obra del derecho y de la justicia.*

—¿Quién habrá escrito y traido esto aquí?... Esto es muy raro.

Mientras estaba pensando en esta misteriosa misiva, llegó Rogelio con aire atribulado, quien dijo a su hermano:

—Acabo de presenciar una cosa espantosa, ¡Primerose me traiciona!

—Explicame.

Hace cosa de media hora estaba yo en la ventana contemplando la de la mansión donde reposa mi prometida, cuando en medio del césped que baja hasta el Sena, vi la figura de un hombre vestido de un modo extraño que parecía entregarse a una serie de movimientos tan inexplicables como desordenados. Fue hacia él: era don Casto, quien me dijo estaba practicando un entrenamiento que le había ordenado el doctor Hawey. Yo me volví a casa, cuando el ruido de un automóvil llamó mi atención. Nos acercamos a la verja y pasó el auto que se paró frente a la puerta del castillo de Arbois. Un hombre saltó a la propiedad de Milton. Oímos un silbido dentro del parque. Don Casto y yo nos introdujimos en la finca. De pronto se abrió la ventana del cuarto de Primerose, apareció el bulto de ésta, arrojó una carta, que un hombre cogió y huyó. Primerose tiene



un amante oculto. ¡Y qué bien me ha engañado al decirme que un genio malo lo persigue durante la noche!...

—¿Ella te ha dicho...?

—Sí, que un genio diabólico lo persigue...

—¿Una muy grande aquella carta?

—No lo sé. Pero debió pesar bastante, porque llegó rápidamente al suelo.

—Ya sé a qué atenerme—respondió Jaime con convicción.

—¿Qué crees tú, Jaime?

—Que han robado los planos de James Milton.

—Luego, ¿Primerose es cómplice de los ladrones?

—Yo creo que Primerose es inocente... ¿Quién nos dice que Primerose no obedezca a una sugestión criminal?... Acabo de recibir una carta misteriosa en que se me incita a ir contra los criminales. Por tu felicidad me lanzo a la lucha. Voy descubriendo este misterio. Tú no hables de esto delante de Blanca... Entretanto, ¡espera!

## II

James Milton recibe orden del Ministro de Marina de que le espere al día siguiente para recibir los planos de su invento. El americano llama a Wilbur Osborn y le pide los famosos planos; pero al ir el secretario al lugar donde guardados estaban, nota su desaparición. Desesperación del inventor y de su secretario. Sólo tres personas conocen el lugar y el mecanismo secreto donde los planos se guardaban: el inventor, su secretario y Jaime de Tremense. James Milton acusa a Wilbur Osborn y acusa a la policía, pues descarta la idea de que Tremense haya robado los planos. En el momento en que Milton está echando en cara su crimen a Wilbur, que se defiende jurando que es inocente, entra Primerose. Esta se entera de la situación en que se halla Wilbur y le defiende; pero es en vano: el americano sigue creyendo en la culpabilidad de su secretario. Preséntanse en casa de Milton, Rogelio de Tremense y don Castro.

—Señores—les dice el americano—, no tengo por qué ocultarles que mi secretario me ha robado los planos del propulsor automático.



Primerose bruta... (pág. 15)



— ¡Soy inocente! — exclamó Wilbur.

— Señor Milton — manifestó Rogelio —, antes de hablar a desdicha de un inocente, ¿quiere usted permitirme que le diga dos palabras en particular a Primerose?

— No comprendo por qué ha de hablar usted con Primerose.

Los dos prometidos se separaron hasta la ventana. Rogelio habló.

Primerose, nunca la he amado tanto como ahora. Un nombre de este amor le ruego que no deje amasar más a este inocente, pues el autor del robo que se ha cometido esta noche no es Wilbur Osborn.

— ¿Quién es?

— Es usted!

— ¿Vé? — preguntó Primerose con ojos de infinito estupor.

— Anoche la vi como la vie plaza asomarse a la ventana y arrojar a un desconocido un sobre pesado.

— ¿Lo juró...?

— No juré... No la vi sólo yo. También don Casto la vió.

— Papá, papá — exclamó Primerose yendo a arrojarse a los brazos del americano —, Rogelio me acusa de haber robado los documentos.

— Cuente usted, don Casto, lo que vimos ayer. A mí me falta valor.

Don Casto con gran tranquilidad y discreción contó la escena nocturna que había presenciado con Rogelio. Primerose fué hasta Rogelio y le rogó asonada:

— Dile que no es cierto; dile que todo es falso.

— ¡Juro — contestó Rogelio — que don Casto ha dicho la verdad!... Pero también juro que Primerose es inocente.

— Comprendo — dijo Milton —. Después de haber acusado a su amado porque es culpable, como lo exige el honor, la defiende usted, como el amor ordena; ha obrado usted como perfecto caballero.

— No, Primerose no es culpable porque ha obrado hipnotizada, inconscientemente.

— Nunca me creído — replicó el americano — en los fenómenos pseudocientíficos que suponen que un espíritu libre puede ser juguete de una voluntad en-

perina. Siendo verdad lo que ustedes han contado, yo sé a qué abnerme con respecto a esta desgraciada.

Primerose dió un grito y huyó corriendo. Rogelio quiso ir tras ella; pero el americano le dijo:

— Déjala, porque es culpable. Si fuese inocente se hubiera echado en brazos de usted.

— ¡Si fuese culpable — contestó Rogelio — se hubiera postrado a los plantas de su padre!

— ¡Primerose es inocente! — dijo con voz solemne Jaime de Tremense saltando en la habitación. — Voy a probar mi aserto.

La baronesa de Apremont, una bellísima mujer, vive en una casita de campo situada en las afueras de Autenil. Si entramos en la casita toda son mesas, escritorios, libros, carpetas, clasificadores, máquinas de escribir: un despacho de un hombre de negocios moderno.

La baronesa se había levantado muy temprano y trabajaba en su despacho; sacando estaba un sobre amarillo cuando entró una joven de hermosos ojos negros, con el pelo cortado a la egipciana y con un cigarrillo en la boca.

— ¿Eres tú, Ojazos? — preguntó la baronesa de Apremont.

— ¿Tienes los planos de Milton? — preguntó con confianza la Baronesa Ojazos.

Aquí están.

Llamaron al teléfono; la baronesa tomó el auricular, escuchó y, después de contestar sencillamente: «Está bien», dijo a la Ojazos:

— El nos espera allí.

— Vámonos, pues.

Momentos después las dos mujeres tomaban un auto de carretera y se dirigían a Fontainebleau. Allí, en medio de la espesura, les salió el encuentro un hombre vestido miserablemente y que tapaba su ojo izquierdo con una venda negra.

— Señoras, yo, Remigio el Tuerto, les ruego que me dispensen si las he hecho venir; pero urge que ustedes sepan que en el castillo se conoce ya la desaparición de los planos. Milton acusaba a Osborn primero; pero hay quien ha visto como Primerose los arrojó por la ventana y ahora se la acusa a ella. Pero



12  
Index ha jurado descubrir el misterio. Ya le arreglará el cuerno Remigio el Cuarto. Primerose se quiere suicidar.

—Hay que evitarlo—dijo la baronesa.

Primerose escribió una carta a su padre que dejó en su cuarto y huyó. Por la orilla del Sena caminaba, cuando corriendo hacia ella se le abrazó Juanito que iba de paseo.

—Déjame. Ya no me verás más.

La niña obligó al niño a volver a «La Frondosa».

Primerose llegó a la presa y se disponía a acercarse a ella; pero vio a alguien que desde lejos la miraba y cayó de espaldas, exclamando:

—¡Oh, el genio maldito!

Jaimé y Rogelia se disponían a salir del castillo, cuando Milton se llegó a ellos con la carta de Primerose en la mano.

—Hay que correr en su auxilio! Pero ¿dónde?

Salían las tres del castillo y se toparon con Juanito, que venía llorando porque Primerose, a quien había encontrado en la orilla del Sena, le había dicho que no le vería más.

Milton, Jaimé y Rogelia fueron hasta el Sena, subieron a una canoa automóvil y al llegar a la presa, un marinero, amigo de los Tremense, les dijo:

—No se preocupen por la señorita del castillo de Arbois, cayó desmayada encima del puente y, cuando yo acudía en su auxilio, un hombre fué hacia ella, la tomó en sus brazos y la puso en un automóvil donde iban dos señoras. Seguramente ya estará en el castillo.

### III

Pedro Kerjean había llevado una carta a Blanca. Decía así:

*Querido hijo: Han descubierto mi refugio. Hay quien ronda mi casa. He ido en el Petit Parisien cuando se dice de La Caza de los Secretos. No estoy tranquila. Decídme lo que debo hacer.*

*De muchos recuerdos a mi hijo, abrazos a tu madre y dispón de tu padre que te quiere. —P.—*

13  
Llegó Jaimé, se enteró de la carta y dijo a Kerjean:

—Diga usted a Favreux que quede tranquilo, que yo velo por él.

En aquel momento un criado avisó a Jaimé de que el señor Milton le esperaba en el despacho.

Apenas hubo entrado Index en el despacho, Jaimé Milton corrió hacia él con una carta en las manos.

—He aquí la carta que acabo de recibir de Primerose.

Index tomó la carta y leyó: *Querido padre: Soy culpable. Parto con mi amigo. Perdóname. Adios. —PRIMEROSE.*

—¿Qué le parece a usted?

—¡La creo inocente!—afirmó Index—. Quede usted tranquilo, que toda se dilucidará... Precisamente aquí viene don Casto y voy a servirle de él para una misión secreta... ¡Hasta otro momento, señor Milton!

Don Casto se vistió con Jaimé:

—Diga usted, don Casto: ¿Usted viajó con la baronesa de Apremont?

—Sí, al venir a «La Frondosa».

—¿Sabe su dirección?

—Sí, precisamente me entregó su tarjeta y me invitó la fuera a ver.

—Me conviene que vaya a verla hoy mismo; pero debe usted tomar nota de la situación de la casa y de lo que usted vea en ella.

—Pierda cuidado, Jaimé, cumpliré mi misión como buen policía.

Don Casto llegó a casa de la baronesa de Apremont. Salíó a abrirle la puerta la Olyas en traje de criada y le introdujo en un salón. Mientras don Casto esperaba, miróse a un gran espejo que cerca tenía y notó que estaba desfigurado. Se alisó el cabello y, mientras lo hacía, vio reflejarse en el espejo el nombre de Primerose y es que encima de la mesa sobre la que estaba colocado el espejo había un papel secante con aquel nombre al revés. Don Casto se levantó, tomó el papel secante, metiólo en el bolsillo y marchó.

Cuando Jaimé tuvo en su poder este secante donde se veía claramente la firma de Primerose, se con-



venido hasta la evidencia de que la hermosa joven estaba en poder de la baronesa de Apremont.

—Ahora, don Casto, le voy a contar una misión más delicada aún.

—Estoy dispuesto a llevarla a cabo. Diga, Jaime.

—Mañana enviaré usted una canastilla de flores a la baronesa, pidiéndole la excuse el haber escapado de su casa sin verla y prometiéndole una visita. Luego la va usted a visitar y debe lograr de ella el ir a cenar juntos fuera de casa.

—¿Esó es todo?

—No; además, la noche que usted vaya a cenar con ella es menester que logre usted saiga toda la servidumbre.

—Lo lograré. ¿Adiós!

Cuando llegó Jaime, Blanca estaba en su dormitorio como atontada.

—¿Qué te pasa, amada mía?

—¿Qué pesadilla! Hay algo anormal en mi ser, una influencia maldita... Estaba leyendo la carta de mi padre y me he quedado como atontada.

—Anda, acuéstate y piensa que yo velo por ti.

Judex dió un beso a su esposa, quien dejó sobre la mesita de noche la carta de su padre que aún tenía en las manos y se acostó. Jaime llamó a su hermano:

—Rogéle, esta noche van a pasar en «La Frontera» cosas muy grandes... Deje abiertas todas las puertas y desde la cuneta acude en mi auxilio si oyes un triple silbido.

Dicho esto Judex fué al jardín. Tacaban las dos en la torre del castillo cuando un automóvil de motor silencioso se paró frente a la verja del jardín.

Hacia esa hora, Blanca se agitó en el lecho, tendió los brazos hacia adelante, se incorporó, levantóse, tomó la carta de encima de la toalla, y echó a andar hacia la puerta; allí extendió su diestra en actitud de entregar la carta. Entonces, una mano delicadísima, salió de entre los cortinajes, y se apoderó de la misiva. Iba a retirarse la mano, pero en aquel momento Jaime surgió de detrás de un sillón y asió la mano de la ladrona. Sin violencia, Judex atrajo hacia sí a Primerose, que con la carta en la mano estaba bajo la influencia hipnótica. Echó a andar

Primerose, y Jaime tras ella, con el revólver dispuesto a disparar. La joven fué hacia la puerta del jardín, en cuya cerradura había una llave nueva con la que cerró, y se dirigió donde esperaba el auto. Antes de que Primerose llegase al coche, Judex sorprendió al chófer a quien amenazó con su arma: «Lléve usted a esta mujer donde la han dicho». Obedeció el chófer, dió la marcha y al llegar al principio de una alameda donde había un pilar, se paró, diciendo: «Aquí es, señora». Allí debía ser, en efecto, por cuanto Primerose bajó y se sentó en el pilar con la carta en la mano, Judex se sentó a su lado.

El chófer desapareció hasta llegar a un bosquecillo del que salieron dos mujeres, a quienes dijo:

—Todo ha fracasado.

—¿Va lo hemos visto dijo la baronesa de Apremont. —Ojass, aquel hombre es Judex.

Jaime quitó la carta de las manos de Primerose y en aquel momento, la joven volvió en sí sin espantarse, y preguntó:

—Buenos días, Jaime, ¿cómo está usted?

—Muy bien, hija mía... Vámonos al castillo.

Y Judex reintegró a Primerose al castillo.

#### IV

Primerose está ya en el castillo y parece vivir tranquila rodeada del amor de su padre y de su novio y del cariño de sus amigos.

Cuando a las once de la mañana la baronesa de Apremont recibió la preciosa canastilla con una carta inhumana en la que don Casto le pedía perdón por su inconveniente retirada, telefonó a don Casto, haciéndole creer que era en urtiada: «Mi señora me dice que le espera a las doce».

Don Casto acudió a la cita y logró obtener de la baronesa el consentimiento para cenar en un restaurant aquella misma noche. Cuando don Casto salió de la casa de la baronesa salió a abrir la puerta, la Ojass en funciones de criada. El director de la Agencia Celeritas le preguntó:

—¿Es usted quien me ha telefonado hoy?

—Sí, señor.

—Pues en recompensa, cuando venga esta noche



a buscar a la señora baronesa, traeté para usted y sus compañeros de servicio un palco para el cine... ¿Cuántos son ustedes?

—Cinco.

—Pues les traeré un palco y cinco entradas.

—Muchas gracias—dijo la Ojazos.

Cuando la de Apremont hubo despedido a don Casto, entabló este diálogo con la Ojazos:

—¿Has oído?

—Sí, Ojazos. Este flo debe irse frotando las manos de gusto pensando: «Ya cayó. Y la prisión se va a convertir por pasiva, porque quien se va a caer es él, Judex. ¿No comprendes la intención?... Quieren que la casa esté vacía para que el conde de Tremense, Judex, pueda venir a registrar esta casa. Pues si, esta noche nos iremos todos y Judex caerá en la ratonera».

En efecto, a las once de la noche, Judex, desde el interior de un auto cerrado, parado no lejos de la casa de la baronesa, pudo observar que todos los habitantes de aquella, salían. Acercóse a la puerta, la abrió con una ganza y, con gran tranquilidad, pasóse a examinar toda la casa. Al llegar al despacho de la baronesa percibió un ruido como de puertas de hierro que se bajaban en puertas y ventanas. «Ya estoy en la trampa», pensó sonriendo. Llamaron al teléfono y tomó el auricular. «Soy la condesa de Apremont. ¿Cómo está usted, señor de Tremense?... Siga usted su obra mientras va cenando con don Casto...» «Buen provecho, baronesa!... No se preocupe por mi muerte».

Se sentó Judex tranquilamente y encendió un cigarrillo.

La baronesa estuvo maravillosa con don Casto, tanto, que éste, extraviado con los vapores de la comida y del vino llegó hasta a besarla. La de Apremont, en un momento de distracción de don Casto, puso en la copa de éste una minúscula cantidad de polvo incoloro que, momentos antes, había sacado del chatón de una sortija. Don Casto quedó atontado, dormido en la mesa y la baronesa marchó a su casa, satisfecha de poder triunfar sobre Judex.

Al penetrar en su domicilia, la baronesa quedó so-



«...coloca Deseñillo, llevando en su boca a Junito».



brevocida de espanto al ver a Index bajar tranquilo. Al cruzarse con ella, el conde de Tremense le dijo sonriente:

—Buenos días, me dispensará de haber hecho algunos desperfectos en su casa. ¡Hasta la vista!

Juanito estaba en la habitación donde el doctor Howey le daba la lección. Abrir el doctor la puerta en que el niño se aparecía y, por el espejo ante el que escribía el pequeño, vió el doctor como Juanito había empezado una carta que decía: Señor *Primerose*; pero al agacharse el profesor, el niño le apareció por el espejo, y con gran aplomo añadió después de lo escrito: en el Cielo. Y como el profesor le interrogara sobre su abuelo, Juanito le contestó: «Cada año escribo a mi abuelito que está en el Cielo. ¿sabe usted?»

—¿Cómo ha sido eso, Jaime?

—Rogelio, nos las truenos que haber con un enemigo astuto. Me encerraron en el despacho de la baronesa. No sabía cómo salir, golpeé la pared, vi que había un punto en que estaba hueco, con el herbiqui que llevo siempre en mi bolsillo de la escuela, practiqué un orificio de medio centímetro de diámetro y seis de profundidad; después vi un cofre y en él un aparato como un torpedo en miniatura con mecanismo de relojería, introduje el extremo inferior del torpedo en el orificio del tabique, al caer y me encerré en el arm a cofre. Minutos después, al una detonación y salí del cofre. Todos los muebles estaban echados por la estancia y en la pared había un boquete por el que salí.

Cuando Index y Rogelio llegaron a «La Frondosa» todos estaban consternados; Blanca hizo saber a su esposo que Juanito y Primerose habían desaparecido.

—Pero ¿cómo ha sido eso?

—Estábamos con el doctor Howey en el salón. Este tocaba el piano, Primerose cantaba. A Juanito lo habíamos acostado. De pronto Primerose dijo al doctor Howey: «Voy a mi cuarto a buscar unas melodías. Y se fué. Tanto esperamos que al fin determiné irle a buscar; pero en vano: habían desaparecido ella y Juanito.

—¿Hay un demonio en esta casa!—chamó Index—. V lo he de buscar.

—Y nosotros le ayudaremos, Jaime—añadió el doctor Howey.

## V

A esa hora, a eso de las once, una joven y un niño cogidos de la mano recorrían un sendero, internándose en la selva de Fontainebleau. La joven caminaba con paso rápido, el niño la seguía fácilmente; sin embargo, a ratos se detenía preguntando: —Dime, Primerose, ¿va a durar mucha este paseo?

Al llegar a la encina del abroscado—se llamaba porque años antes había aparecido allí un hombre colgado—, Primerose se sentó y dijo a Juanito: «Vamos a dormir». El niño se quedó dormido y la joven, en el estado de hipnosis, se volvió a «la Frondosa».

En vano habían inspeccionado, Index y el doctor Howey, el parque y sus alrededores. Volvieron a «La Frondosa» e hicieron varias preguntas a Blanca. Hanse de nuevo Index y Rogelio, cuando al llegar a la verja, la hallaron de par en par.

Volviendo, que en casa hay novedad.

Corrieron al dormitorio de Blanca y oyeron la voz de dos mujeres que sostenían animada conversación:

—Desgraciada, ¿qué ha hecho usted de mi hijo?

—No lo sé, se lo juro.

Index y Rogelio entraron. Blanca se hallaba delante de Primerose. Al ver a su esposo, la hija de Pavreau se arrojó en sus brazos, diciendo:

—¿No sabes lo que ha hecho de Juanito?

Al ver Index que Primerose llevaba en el ruedo del vestido y en las medias bridas de fieltro, comprendió que Juanito debía estar en el bosque.

La baronesa de Apremont había reunido a toda la servidumbre, a ser a toda la banda dedicada a la obra de secretos, y les hablaba de este modo:

—Jaime de Tremense se ha burlado de nosotros y desde este momento le condemo a muerte.

Oyóse el timbre del teléfono secreto y la baronesa,



después de recibir la comunión, volvióse hacia sus abuelos y les dijo:

— ¡Hay novedad, Recogio el Tuerco manda que vaya con Ojazos a la Peña Gris para recibir instrucciones. Durante nuestra ausencia todos deben quedar en sus sitios y vigilar.

Una hora más tarde las dos mujeres — la Ojazos vestida de hombre —, llegaron al sitio indicado; allí hallaron una caja de papel celofán. La Ojazos abrió el papel en un arroyo y aparecieron estas palabras: El niño está en la *Resaca del Ahorcado, El lado donde se halla Fauroux.*

Las dos mujeres dirigieronse donde indicaba la carta y hallaron a Juanito, a quien prometieron llevar a su casa; pero en vez de cumplir su promesa lo alejaban de su casa. Notó el pequeño y sacando una bolsa de bombones que llevaba, los iba arrojando, pues pensaba que así podría conocer el camino al regreso. Cuando estuvieron en lo más espeso del bosque, la baronesa preguntó a Juanito:

— Oye, hermoso, ¿dónde está tu abuelito?

— Mi abuelito está en el Cielo.

— No, no; yo sé que vive.

— Mi abuelito ha muerto.

No le pudieron sacar de aquí; ni amenazas, ni promesas, ni caricias; todo fue inútil.

— Pues si no nos dice donde está tu abuelito, vendrán los duendes del bosque y te comerán.

Juanito dio un grito y se echó al suelo, boca abajo.

Don Casto había llegado a La Tremolosa echando pestes de la baronesa. Después de haber contado a Judex su cena con aquélla, presiguió:

— Acabo de ver el coche de la baronesa entrar en el bosque de Pontaluchéan.

— Vaya usted, don Casto, a buscar a «Vidoeux» y a toda la jauría.

Poco después volvió don Casto diciendo a Judex:

— Todos los perros están muertos.

— ¡Oh, en esta casa hay un genio malo y hay que dar con él... Vaya usted a buscar a «Diablillo».

«Diablillo» era una jaca amaestrada que Milton había regulado a Juanito. Apenas salió de la cuadra,

el animal, como alma que lleva el diablo, echó a correr hacia la selva. Judex y Rogelio le siguieron en auto. Aun no habían andado dos kilómetros, «selva «Diablillo» llevando en su boca a Juanito.

## VI

— Rogelio, voy a hacer una prueba.

— Tú dirás, hermano mío.

— Voy a dirigir contra ellos la fuerza que emplean contra nosotros. Hoy, delante de Primerose, diré lo que voy a hacer; para que mis enemigos se enteren y poderlos coger infraganti.

— Mira, aquel se acerca.

En efecto, acercábase Primerose, y Jaime, como si continuase una conversación iniciada con su hermano, dijo:

— Ya lo sabes, Rogelio, si el arquitecto pregunta por mí, le dirás que estoy en la Cabaña del Cestero, al pie del Castillo Rojo.

— Está bien.

Don Casto se había ido de La Tremolosa, porque Jaime comprendía que el director de la Agencia Celeritas era demasiado impudente y le perjudicaba.

Al día siguiente, una vieja, llevando en la mano una caja de manicura, llamaba a la puerta de la casa de la baronesa de Apremont. Nadie contestaba; pero el botones de una pastelería al ver a la manicura, gritó:

— ¡Adiós, don Casto! — y echó a correr.

— Ya me han conocido — dijo la de la caja.

Otro palleto pasó entregando prospectos y alargó uno a la manicura. El prospecto decía: ¿Quiere usted saber alguna cosa? Pregúntele a la BELLA FATIMA, Calle Bergère, 139.

A la mañana siguiente, a eso de las diez, el automóvil de Judex, guiado por el fiel Bautista, dirigióse al Castillo Rojo. En la base del monte donde estaba construido aquél, existía una casita, llamada la Cabaña del Cestero; Judex entró allí. Momentos después, de entre la selva salieron dos hombres armados hasta los dientes y se dirigieron a la cabaña dicha. Abrieron sigilosamente la puerta y vieron a



Judex sentado en una silla y leyendo, vuelta de espaldas a la puerta. Los dos hombres arrojáronse sobre él, y una blasfemia salió de sus bocas: era un maniquí vestido como el personaje que buscaban. Quisieron salir; la entrada estaba obstruida. Salieron por la ventana; pero al poner los pies en tierra, ésta se abrió y los dos hombres halláronse metidos en una habitación en cuya pared se proyectaban estas palabras: *Deposita las armas y manos en esto*. Los dos hombres obedecieron y se presentó Judex ante ellos.

—¿Quién es vuestro jefe?

—Remigio el Teuto.

—Tú te quedarás en rehenes y tú ven conmigo.

El indicado salió con Judex y dirigiéronse ambos donde éste había dejado su auto. Bautista estaba en el volante. Subieron. Apenas habían recorrido medio kilómetro, notó Judex que el chófer tenía un revólver bajo el pie y apretó como el hombre que llevaba al lado se agachaba para cogerlo; fué a impedir; pero en aquel momento alguien saltó sobre Judex y le cogió por el cuello; era la Ojass que se había instalado en el muelle trasero. El chófer no era Bautista, sino uno de los bandidos de la banda de la baronesa, pues a éste le habían sorprendido y lo tenían en el auto de la de Apremont. Judex se escapó, engañándose de la rama de un árbol, mientras el auto iba a toda velocidad.

Cuando Judex volvió a «la Frondosa», preguntó a un hermano:

—¿Quién ha estado con Primerose?

—Sólo el doctor Hawes.

Y Judex pensó: ¡Será, acaso, Hawes el genio malo de Primerose!

## VII

Don Casto se había propuesto descubrir el solo al genio malo causante de tantas calamidades. Recordó el prospecto en que se anunciaba la vidente Bella Fátima y dirigióse después de disfrazarse de un modo que ni él se reconociera, no pensando, sin embargo, en que su catástrofe haría lo delataba a la legua a la calle Bergere, 136. Lo introdujeron a un cuarto semioscuro en que una adalida sentada, con

el rostro medio cubierto a estilo oriental, dijo al consultante:

—Siéntese, don Casto.

Este quedó como quien ve visiones, pero replicó:

—Dispense, señora, yo no soy don Casto.

—Usted es el director de la Agencia Celeritas, de la calle de Milton. Yo lo sé todo. Ayer se disfrazó usted de monje y buscaba usted a una señora morena y baronesa, una quien usted había cenado días antes. Ahora interrogueme.

—¿Qué se ha hecho de esa mujer?

—Ha partido para América. Usted se refiere a la baronesa de Apremont.

—Sí, señora.

—Si quiere usted saber más, le diré que un gran peligro amenaza a una persona que usted conoce. Se llama R... a. v. Sí, sí, Favreux.

—¿Favreux?

—Y está en... en... ¡Oh!... veo el nombre pero se me escapa... En...

—¿En Santa Magdalena de Gatinais?

—Sí, esa es. En Santa Magdalena de Gatinais.

Y al decir esto, la vidente quedó en actitud extática. Saltó una mujer y dijo a don Casto:

—Puede usted retirarse; Fátima está en éxtasis. Son 20 francos.

Don Casto pagó 25 francos y fué convencido de que prestaba un buen servicio a Judex.

Pocas horas después el director de la Agencia Celeritas estaba hablando con Judex a quien contó su estrependa revelación; pero Jaime comprendió la plancha que se había tirado el buen hombre y se dispuso a pegar el golpe. Fué Judex a una de sus habitaciones y sólo dos palenas que momentos después llegaban a la residencia de Favreux y Kerjean. Cuando éstos vieron las palenas mensajeras se dispusieron a dejar su habitación, según las órdenes recibidas de Judex. Antes de partir, Kerjean puso un sobre encima de la mesa que está a ésta de un modo especial y en el que había escrito: *Adiós Favreux*.

La misma noche la baronesa de Apremont llegó al chalet que Favreux había abandonado. Llamó a la atención el citado sobre. Lo cogió; pero al quererlo quitar de la mesa, una mano de esqueleto le agarró



la suya y quedó aprisionada. La baronesa dió un chillido horrorizado y en aquel momento apareció Index ante ella, y díjole:

—Buenas tardes, baronesa.

Remigio el Tuerto habla con Ojazos:

—Mira, Ojazos, el comercio éste de *Le Petit Parisien*: ¡ajaja Van Perpetraet! Compró al contado y pagó al consulo todo invento relacionado con la guerra y la marina. Ahora mismo te vas a ver qué te ofrecen por los planos del propulsor automático.

La Ojazos se trasladó, vestida de riguroso luto, a la dirección indicada en el diario. Fue recibida por un anciano. Cuando la joven le presentó los planos, díjole:

—Mi padre ha fallecido recientemente y me ha legado los planos de un propulsor.

El anciano comprador abrió el sobre, examinó los planos y dijo:

—Señorita, entonces es usted la hija de James Milton.

—¿Yo?... No, señor—contestó turbada— Soy la hija de mi padre.

—Entonces estos planos son robados—dijo el viejo arrancándose una herida postiza y apareciendo el mismísimo James Milton.

La Ojazos iba preparada; llevaba un puñado de plomiento y la arrojó a los ojos de Milton, cogió los planos y echó a correr; pero fue parada en la misma puerta por Index en persona, quien, apuntándole con un revólver, le dijo sencillamente:

—Vengan esos planos.

### VIII

Estamos en el Castillo Rojo. Index y don Casto dirigen al espejo mágico.

—Mire usted por ese espejo, don Casto.

—¡Oh!... ¡La baronesa de Apremont!

—Ahora déjeme dar vuelta a esta manivela. Mire usted ahora.

—La Ojazos. La criada de la baronesa; señor de Tremense, es usted más grande que Napoleón I.

—Usted, amigo don Casto, se quedará aquí como guardián de estas dos señoras y de otro pájaro pinto



*Index llamó a su chauffeur Bernarbo.*



que tenga encerrado ahí al niño que se llama Louchard.

—Está bien; puede usted irse tranquila.

Un momento después Jindex penetró en la celda de la baronesa de Apremont.

—¿No está usted decidida a hablar?

Nunca; antes muerta. No sabe usted quien soy yo; pero se lo voy a decir. Soy una mujer que después de saborear todas las delicias del mundo, se vió arrojada injustamente de su casa por un marido celoso. Reducida a la miseria, he vendido mi alma al jefe de la *Casa de los Secretos*.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—No lo sabrá usted nunca.

—Adiós, pues, ya se arrepentirá de su determinación.

Jindex pasó a la celda de la Ojazos y comprendió que el alma de aquella joven era redimible. Después de una serie de hábiles preguntas, la Ojazos confesó sus crímenes y manifestó el nombre de su jefe, Remigio el Tuerto, quien todas las noches se reunía con su banda en la calle del Doctor Pelet, núm. 28.

Un momento después Jindex telefoneaba a su hermano para que se encontrase a las diez de la noche al principio de la citada calle. Jaime y la Ojazos, vestida de hombre, a las nueve tomaron el auto, dirigiéndose a la calle del Doctor Pelet.

Cuando don Caste quedó solo, quiso ver de cerca a la de Apremont y llegó hasta su encierro. Por el ventanillo abrotonado de la celda habló con ella amenazándola y diciéndole:

Ya sabemos quien es tu jefe. La Ojazos y Jaime de Tremense han ido a la calle del Doctor Pelet, y allí lo operarán. Sepe usted, buena pieza, que yo por un espejo espío todas sus movilizaciones. ¡Adiós!

Don Caste había cometido otra imprudencia que la de Apremont no tardaría en aprovechar.

Volvió don Caste a su observatorio y fué testigo —por el espejo— de un espectáculo curioso. La baronesa, casi desnuda, de rodillas, parecía implorar misericordia. Luego alcanzó la lámpara eléctrica, la rompió y con uno de los caños hizo ademán de cortarse la carótida y cayó en la cama. Entonces don Caste corrió a su encierro, lo abrió, se acercó a

aquella mujer y... de un salto, la baronesa cayó sobre don Caste, le arrojó unos cuantos puñetazos y logró encerrarle en su calabozo; abrió la celda de Louchard y por teléfono comunicó con Remigio el Tuerto, a quien anunció:

—La Ojazos nos traiciona. Esta noche Jindex y ella irán a cogerle a usted.

Los dos hermanos Tremense y la Ojazos entraron en la casa donde solían reunirse los bandidos. La joven se adelantó y cayó herida por dos balazos. Jaime y Rogelio recogieron a la joven, la llevaron a su auto y la transportaron al domicilio del doctor Howey en París. Recibidos éste con mucha amabilidad. Después de reconocer a la joven que estaba desmayada, manifestó que iba a proceder a la extracción de la bala. Mientras el doctor Howey preparaba los instrumentos para la operación, la Ojazos abrió los ojos y gritó:

—Este es Remigio el Tuerto!

Jindex tomó el revólver; pero el doctor Howey desapareció por un aturido que daba a una escalera secreta.

## IX

Jindex pasó al despacho del doctor y registró sus papeles. Entre los documentos secretos del bandido halló un enigma sorprendente: *Blanchini. Le sobraron hijos: uno es Primerote que se dice hijo de James Milton; la otra es Ojazos, que ha educado para mi intento.*

Jindex quedó aterrado. Al Blanchini de que se hablaba en aquel documento era un rico americano que había hecho subir a Jaime, después de la muerte de su padre.

Mientras Jindex estaba revolviendo estos documentos, oyó ruido de pasos y se escondió tras una cortina. Momentos después vió como entraban en el despacho, por una puerta escusada, la baronesa de Apremont y Louchard. Llamaron al teléfono y la baronesa tomó el auricular.

¿Es usted, Remigio?... ¿Dice usted que mañana?... ¿En Buttes-Chaumont? AHÍ estaré. Me dice



usted que allí ha convocado usted a Bianchini... Hasta mañana, pues.

—Vámonos—dijo la baronesa a Louchard.

No vieron los dos bandidos a Index que se escondía tras las cortinas ni a Rogelio y a Ojazos que estaban encerrados en el dormitorio del doctor.

Los dos hermanos llevaron a la Ojazos a una clínica particular.

Cuando Index llegó al Castillo Rojo conoció la edison de don Cato, cuyas imprudencias justificaban el adagio: *No hay mal que por bien no venga.*

Al día siguiente, en el restaurant de la Batte- Chaumont, un hombre con barba blanca estaba sentado en una mesa de café mirando obstinadamente hacia afuera. De pronto volvióse. Alguien le había tocado el hombro.

—¿Cómo está usted, doctor Howey?—preguntó el recién llegado.—Estará usted desconocido con esa barba postiza.

—Y usted, conde de Tremense?

—Yo muy satisfecho de conocer a Remigio el Tuerto.

—Y yo de conocer a Index.

—Espera usted a la baronesa de Apremont?

—Y a usted qué le importa?

—¡Oh!... También sé que espero a una de sus víctimas, al señor Bianchini.

—Le repito que nada le deben importar mis asuntos particulares.

—Pero me importa mucho que usted venga a poner la infelicidad en mi casa y vengo a anunciarle su pronto castigo.

—Acepto el reto.

—¡Adiós!—dijo Index retirándose.

Un momento después, un automóvil se dirigía hacia Batte-Chaumont. Un hombre, puesto en medio de la carretera, hizo parar el coche, se acercó a su ocupante y lo preguntó:

Es usted el señor Bianchini, ¿verdad?... Debo hacerle una revelación de importancia.

Index subió al coche y puso a Bianchini en antecedentes de lo que se tramaba contra él.

—Es que me dicen que me van a entregar mis hijas que me fueron robadas en mi infancia.

—Sus hijas están en mi poder.

—¡Oh! ¿es posible?

Index entregó a Bianchini los documentos hallados en casa del doctor Howey.

## X

En la taca «La Joyeuse», perteneciente a los condes de Tremense, tuvo lugar la presentación de las dos hijas perdidas al padre venturoso, que consideró aquel día como el más feliz de su vida. El señor Bianchini, sentado entre sus dos hijas, delante de los señores Jaime, Rogelio, Blanca y James Milton, contó la historia de sus desventuras.

—Hace diez y seis años. Yo había vuelto de América con mi esposa Rosita, una santa, y mis dos hijas Clara (Ojazos) y María (Primerose). Me acompañaba mi secretario Friedrichs y la institutriz de mi hijas, Elise. A los pocos días de llegar a París, tuve precisión de volver a América y no llevé a mi familia a causa de la enfermedad de mi esposa, quien juntamente con mis hijas, quedaron en París bajo la égida de mi secretario Friedrichs, a quien entregué mi talonario de cheques y plenos poderes. No habían transcurrido dos meses cuando recibí una carta de Friedrichs concebida en estos términos: Rosita ha muerto, sus hijos han desaparecido y su dinero del Banco... también. Ella y yo gozamos de buena salud.

—Adivino—dijo Index—que mi único personaje no podía ser otro que el doctor Howey, por otro nombre, Remigio el Tuerto.

Sí, sí, él es; y Elsa, la baronesa de Apremont. Volví de América y he buscado a mis hijas durante diez y seis años.

—Padre exclamó Primerose abrazándole—, ya no nos separaremos.

James Milton puso en antecedentes al señor Bianchini de los amores de María (Primerose) con Rogelio, y el padre de aquella aprobó tales relaciones.

Los condes de Tremense habían fundado cerca de «La Joyeuse» un hospital para pobres y desampara-



don y Blanca se complacía en visitarla con frecuencia. Una tarde fué al Hospital con su hijo Juanito y halló un nuevo enfermo, un viejo vagabundo que llamó mucho la atención de Blanca y con quien éste habló. El anciano pasó la mano por la cabeza del niño y le miró con éxtasis en los ojos. Cuando Blanca y Juanito volvieron a casa, éste tuvo que meterse en cama, pues tenía una gran calentura. A media noche Blanca se levantó presa de gran agitación, bajó al jardín e impulsada por una fuerza irresistible, fué hasta la capilla situada en un extremo del parque y se arrodilló. Momentos después, sintió que una mano se posaba sobre su hombro, volviéndose y dio un grito:

—Usted, doctor?

—Yo mismo, el doctor Howey, o si quiere usted, Remigio el Tuerto.

—¿Qué quiere usted?

—Quiero que me diga usted donde vive su padre, Favranx.

—No, mi padre ha muerto.

—Yo sé que vive. Si usted no me dice su domicilio, su hijo Juanito morirá.

Blanca dio un chillido agudo y cayó desmayada.

Judex se había levantado para ir a ver a Juanito y notó la desaparición de Blanca. La buscó; mas no hallándola, bajó al jardín. Vió como un anciano atravesaba el parque y se dirigía a la casa.

—No hay duda—se dijo—, es el doctor Howey.

Fué hacia él, empujando el revólver, y le dió el alto. Volvióse el anciano y Jaime exclamó, extralado:

—¡Favranx!

—Jaime—dijo el padre de Blanca—, me han anunciado que Juanito se muere y he aprovechado la obscuridad de la noche para venir a verlo.

En aquel momento, Judex oyó un grito agudo en la capilla, corrió hacia allí y vió extendida en las losas a su esposa a quien cogió en brazos y llevó a su dormitorio.

En un fonducho, situado cerca del Sena, no lejos de «La Joyeuse», dos huéspedes, un hombre y una señora enlutada, han tomado una habitación.

Esta noche, baronesa—decía el caballero—, volverá la finca y con ella Judex y los suyos.

—Tenemos que ir con viento, Remigio, porque a ese hombre es muy difícil tomarle la delantera.

—Mi ciencia sobrepasa a sus artes. Hace dos días me fingí enfermo y estuve en el Hospital para poder hipnotizar a Juanito y a Blanca, a quienes vi. En la hipnosis hice que Blanca diera a su hijo una porción venenosa y, como no me ha querido dar la dirección de su padre, haré que esta noche Blanca repita la porción. El niño morirá y mañana por la noche la cosa volará con todos sus habitantes. Ahora mismo nos vamos a París a buscar la máquina infernal que por medio de un mecanismo de relojería, estallará cuando yo disponga. Vamos a París.

Vamos, pues.

Judex comprendió que el diabólico doctor Howey rondaba de nuevo su casa y comprendió que debía venir por el Sena. Llamó a don Casto.

—Amigo mío. Voy a confiarle a usted una misión muy delicada.

—¿Otra vez?

—Sí. Esta vez se va usted a disfrazar de guardabosques, tomará usted un fusil de caza.

—¿Cargado?

—No hay necesidad. El fusil es para disimular.

—No importa, lo cargaré por si acaso.

—Está bien, como quiera. Se va usted a la orilla del Sena y me avisa si ve usted a alguien conocido.

Don Casto se disfrazó, y si no hubiese sido por su descomunal nariz, ni su madre le hubiese conocido. Una hora después el policía particular se paseaba en la orilla del Sena.

A eso de las siete de la noche, cuando ya empezaba a oscurecer, vió que una barca se acercaba a la orilla. Ocupábase un hombre y una mujer, en quienes don Casto reconoció al diabólico doctor Howey y a la baronesa de Apremont. El director de la Agencia Celeritas se escondió tras un sauce.

—¿Se me escaparán de nuevo?—se decía—. Quiero, al menos, romperles un brazo.

Y apuntó. En el mismo momento que se disponían a atrazar, al ver como el doctor levantaba una gran caja, disparó y una estruendosa detonación,



como si cien cañoncillos dispararan juntos, se produjo. Barca y ocupantes desaparecieron por los aires hechos añicos; los directores de la secta de la Casa de los Secretos habían desaparecido.

Don Casto quedó espantado al apreciar los terribles efectos de un disparo de fusil de caza, pues ignoraba que, sin querer, había hecho blanco en una terrible máquina infernal.

Jaima y Rogelio habían asistido a aquella proeza de don Casto, pues no fiándose del policía, lo vigilaban de lejos. Corrieron a felicitarle.

En sala Jovenes: ha renacido la calma. Juanito ha curado, pues la noche anterior en que el maquinático doctor había forzado la voluntad de Blanca para que envenenara a su hijo, Judex la vigilaba y pudo evitar la catástrofe.

Rogelio y Primetese se han casado; Blanchini y Clara (Ojazos) han vuelto a América; Pavruux y Kerjeau viven una vida de paz y felicidad, y Judex, después de haber triunfado del genio del mal, vuelve a gozar de una dicha sin nubes en compañía de su adorada Blanca y de Juanito.

PIN

¿Ha leído V. la primera parte de esta sensacional novela? ... No deje de leer nuestro número 74

(JUDEx)

Número 76 - **BIBLIOTECA FILMS** - 18 de Agosto

La preciosa y divertidísima novela

## El Mimado de la Abuela

Brillante creación del simpático, popularísimo y genial artista, admirado de los públicos del mundo entero

**Harold Lloyd (El)**

Postal de dicho artista :—: 25 céntimos



## II OIGANII, Señorita, Joven...

Ya están a la venta las nuevas ediciones de los  
títulos preferentes de

## BIBLIOTECA FILMS

los cuales estaban agotados

Numeros		Postal
11	El signo del Zorro. 4. <sup>a</sup> edi.	Douglas Fairbanks.
14	Flor de fuego. 2. <sup>a</sup>	Frank Mayo.
15	Las dos niñas de París. 4. <sup>a</sup>	Mary y Douglas.
16	Rescatando la honra. 2. <sup>a</sup>	Tom Mix.
17	La hija del fuego. 2. <sup>a</sup>	Perla Blanca.
19	La huérfana. 4. <sup>a</sup>	Dorothy Gish.
22	Perdida y encontrada. 2. <sup>a</sup>	Antonio Moreno.
31	El ladrón de Bagdad. 2. <sup>a</sup>	Eva May.
37	Dorothy Vignon. 2. <sup>a</sup>	Mary Pickford.
45	El botín de los piratas. 2. <sup>a</sup>	Perla Blanca.
47	Los tres mosqueteros. 2. <sup>a</sup>	Douglas Fairbanks.
55	La gitana blanca. 2. <sup>a</sup>	Laurel Moller.

El precio de cada una de estas novelitas es de  
**25 céntimos.**

Estos títulos son los que han alcanzado el éxito de

## BIBLIOTECA FILMS

siendo esta la que contiene la literatura más selecta  
de todas las novelas cinematográficas

Colección de estas **FILMS DE AMOR** y  
**CELEBRIDADES DE VARIETÉS**